

Eduardo Mendicutti

EL VIAJE ORIGINAL

The original journey



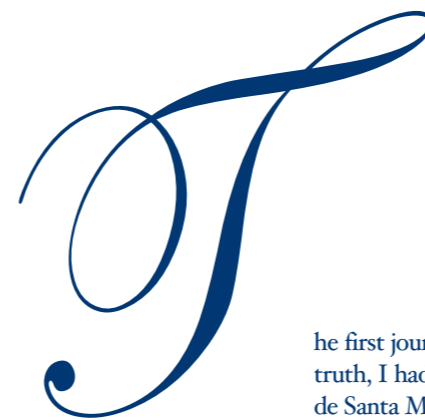
El primer viaje que hice en mi vida fue de siete kilómetros y duró más de un día. Yo tenía ocho años y, en realidad, ya había viajado antes. Mis padres me habían llevado, recién nacido, desde Sanlúcar a El Puerto de Santa María, porque mi padre, que era químico, había encontrado trabajo allí, en la fábrica de vidrio que se levantaba como un barco varado, con su altísima e incansable chimenea de ladrillo, junto a las dunas de La Puntilla. Pero de aquel viaje no me acuerdo, me lo contaron y no parecía que hubiese tenido nada de particular, salvo que lo hicimos en el viejo Hispano de mi abuelo, con el ceremonioso Eugenio, el chófer, al volante. En cambio, aquel otro viaje de sólo siete kilómetros, y de más de un día de duración, lo recuerdo todavía hoy como si lo hubiera hecho

la semana pasada, como si fuera un viaje que va a durar toda mi vida.

Las maletas, los ordenadores portátiles y los bebés van de un lado para otro sin guardar en su memoria los placeres y sobresaltos del viaje, por ajetreado o apacible que sea. Es verdad que los bebés lloran una barbaridad, pero yo creo que, aunque nadie les oiga, las maletas y los ordenadores portátiles también lloran, y que también lo hacen como una reacción espontánea de sus engranajes más delicados y misteriosos ante las brusquedades, las tardanzas o los desatinos de algunos trayectos y algunos medios de transporte. Pero la primera vez que el recuerdo se apropia para siempre de los descubrimientos y las emociones de un viaje, uno empieza ya a adquirir una bendita incertidumbre sobre cuál es su verdadero punto de partida y su verdadero punto de llegada.

Mi padre se había comprado un viejo chevrolet con el que se movía por El Puerto con la risueña parsimonia de quien no tiene nada que temer, y a quien nadie tiene que temerle. Pero aquel día de marzo se empeñó en ir a La Rijerta, a llevar una caja de manzanilla a un amigo suyo, y yo me empeñé en ir con él. Mi padre decidió coger por los caminos del pago de La Jara, un laberinto de veredas arenosas por las que no se podía ir ni en bicicleta, pero por los que se cortaba un montón, según él. Entre las revueltas y la parsimonia, se nos hizo tardísimo y, de pronto, el chevrolet se atascó, por fuera y por dentro, y allí nos quedamos el coche, mi padre y yo, la noche entera, en medio de ninguna parte, sin poder avisar a nadie, sin que nadie pasara por aquellas angosturas ni por equivocación. Nunca lo olvidaré: la lentitud del tiempo, el resplandor de las sombras, el olor lejano del mar, los sonidos del campo, lo bien que se estaba acurrucado junto a mi padre dentro del coche, como en el mejor de los hoteles, hasta el amanecer. En cuanto se hizo de día nos echamos a andar, como en las excursiones optativas, y por fin dimos con una venta en la que desayunamos y desde la que pudimos avisar a mi madre, que ya había puesto en jaque a toda la guardia civil. Entre unas cosas y otras, no volvimos a casa, en un autobús de *Los Amarillos*, hasta la hora de la cena, y mi madre, en cuanto nos vio entrar, montó en un periquete todo un serial radiofónico de lágrimas y regañinas que ni los de Guillermo Sautier Casaseca.

Dicen que, ahora, la mayoría de la gente ya no viaja, que sólo va de un lado para otro, como las maletas y los ordenadores portátiles. Estoy seguro de que no es verdad. Al menos, seguro que no lo es para quien recuerde el primer viaje de su vida, el que le hizo descubrir el placer y la inquietud de salir, de alejarse, de aventurarse, de refugiarse, de regresar. Ese paraíso repentino en el que cometemos el viaje original.



The first journey of my life was seven kilometres long and it took over a day. I was eight and, to tell the truth, I had travelled before. My parents had taken me, as a new-born baby, from Sanlúcar to Puerto de Santa María because my father, who was a chemical engineer, had found work there in the glass factory that stood like a grounded ship, with its untiring, tremendously high chimney, next to the sand-dunes on the Puntilla Point. But I do not remember that journey, I was told about it and it did not seem to be particularly special, except that we made it in my grandfather's vintage Hispano, driven by ceremonious old Eugenio, the chauffeur. On the contrary, that other journey of only seven kilometres and over a day in length, I remember it today as though it had happened only last week, as if it had been a journey that was going to last for the rest of my life.

Suitcases, lap-top computers and babies go from one place to another without conserving in their memories any of the pleasures and upsets of the journey, regardless of how hectic or peaceful it had been. It is true that babies cry an awful lot but, I believe that even though no-one hears them, the suitcases and lap-tops also cry and that this happens as a spontaneous reaction of their most delicate and mysterious internal organs in the face of the abruptness, the delays or the foolishness of some of the trajectories and some of the means of transport. But the first time that recollection takes over for ever the discoveries and

emotions of a journey, one already begins to acquire a blessed uncertainty about the true starting point and the true arrival point.

“El primer viaje que hice en mi vida fue de siete kilómetros y duró más de un día”.

“The first journey of my life was seven kilometres long and it took over a day”.

My father had purchased an old Chevrolet that he drove around Puerto de Santa María with the cheerful calmness of a person who has nothing to fear and with whom nobody has any bones to pick. But that March day he was bent on going to Rijerta, to take a case of Manzanilla wine to a friend of his, and I insisted on going with him. My father decided to take the lanes through the Jara vineyards, a labyrinth of sandy tracks that one could not even ride through on a bicycle but which cut short the journey by miles, or so he said. What with the bends and the calmness, it became very late and, all of a sudden, the Chevrolet got stuck, from the outside and the inside and there we stayed, the car, my father and I, the whole night long, in the middle of nowhere, unable to call anybody, with no-one coming past through those narrow paths by even the remotest of coincidences. I will never forget it: how slowly time passed, the shimmer of the shadows, the distant scent of the sea, the sounds of the countryside, how good I felt curled up next to my father in the car, like the finest of hotels, until dawn. As soon as it was daylight we started off walking, like those optional excursion trips and, finally we stumbled upon a country inn where we were able to have breakfast and call my mother who had already mobilised the entire Civil Guard constabulary. One way or the other, we did not arrive home, on a local Amarillos bus, until supper time when my mother who, the moment she saw us come through the front door, went and staged an immediate radio-style soap opera complete with tear-shedding and scoldings, worthy of the best script-writers.

They say that, nowadays, most people do not travel any more, that they just go from one place to another, like suitcases and lap-tops. I am sure that this is not true. At least, for sure it is not so for someone who remembers the first journey of his life, in which he discovered the pleasure and interest in leaving home, going far away, becoming adventurous, taking sheltering, returning home. That sudden paradise where we commit the original journey.



Eduardo Mendicutti es escritor y periodista. Entre su obra figuran títulos como *Los novios búlgaros* o *El palomo cojo*, ambas fueron llevadas al cine.

🐾 Eduardo Mendicutti is a writer and journalist. His most noteworthy novels include titles such as *Los novios búlgaros* (*The Bulgarian couple*) or *El palomo cojo* (*The lame idgeon*), both the latter having been made into a movie.